

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

rebaño descarriado: Sabían que allí también estaba el hambre: Desfilaban por el camino real lentos, fatigados, dispersos, y sólo hacían alto cuando las viejas campanas de alguna iglesia perdida en el fondo del valle, dejaban oír sus voces familiares anunciando aquellas rogativas que los señores abades hacían para que se salvaran los viñedos y los maizales: Entonces, arrodillados á lo largo del camino, rezaban con un murmullo plañidero. Después continuaban su peregrinación hacia las villas lejanas, las antiguas villas feudales que aún conservan las puertas de sus murallas. Los primeros aparecían cuando la mañana estaba blanca por la nieve, y los últimos cuando huía la tarde arrebujaada en los pliegues de la ventisca. Conforme iban llegando unos en pos de otros, esperaban sentados

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

ante la portalada de las casas solariegas, donde los galgos flacos y cazadores, atados en el zaguán, los acogían ladrando. Aquellos abuelos de blancas guedejas, aquellos zagales asoleados, aquellas mujeres con niños en brazos, aquellas viejas encorvadas, con grandes bocios colgantes y temblones, imploraban limosna entonando una salmodia humilde. Besaban la borona, besaban la mazorca del maíz, besaban la cecina, besaban la mano que todo aquello les ofrecía, y rezaban para que hubiese siempre caridad sobre la tierra: Rezaban al Señor Santiago y á Santa Maria.

¡Qué invierno aquél! Atega, al quedar huérfana, también pidió limosna por villas y por caminos, hasta que un día la recogieron en la venta. La caridad no fué grande, porque ya era entonces una zagala de doce años

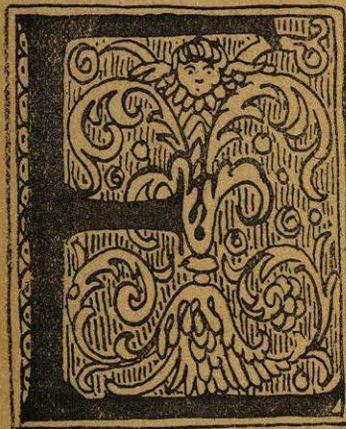
❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

que cargaba mediano haz de yerba, é iba al monte con las ovejas y con grano al molino. Los venteros no la trataron como hija, sino como esclava: Marido y mujer eran déspotas, blasfemos y crueles. Adegá no se rebelaba nunca contra los malos tratamientos. Las mujerucas del casal encontrábanla mansa como una paloma y humilde como la tierra: Cuando la veían tornar de la villa chorreando agua, descalza y cargada, la compadecían rezando en alta voz:

— ¡Pobre rapaza, sin padres!...



CAP. IV. FLOR DE SANTIDAD ❧ ❧



L MENDICANTE salmodiaba ante el portalón de la venta:

— ¡Buenas almas del Señor, haced al pobre peregrino un bien de caridad!

Era su voz austera y plañida. Apoyó la frente contra el bordón, y la guedeja negra, polvorienta y sombría, cayó sobre su faz. Una mujeruca asomó en la puerta:

— ¡Vaya con Dios, hermano!

Traía la rueca en la cintura, y sus dedos de momia daban vueltas al huso. El peregrino

no levantó la frente voluntariosa y ceñuda como la de un profeta:

— ¿Y á dónde quiere que vaya, perdido en el monte?

— A donde le guíe Dios, hermano.

— A que me coman los lobos.

— ¡Asús!... No hay lobos.

Y la mujeruca, hilando su copo, entróse nuevamente en la casa. Una ráfaga de viento cerró la puerta, y el peregrino alejóse musitando: Golpeaba las piedras con el cueto de su bordón: De pronto volvióse, y rastreando un puñado de tierra lo arrojó á la venta: Erguido en medio del sendero, con la voz apasionada y sorda de los anatemas, clamó:

— ¡Permita Dios que una peste cierre para siempre esa casa sin caridad! ¡Que los brazos de hortigas crezcan en la puerta! ¡Que

los lagartos anden por las ventanas á tomar el sol!...

Sobre la esclavina del peregrino temblaban las cruces, las medallas, los rosarios de Jerusalén: Sus palabras ululaban en el viento, y las greñas lacias y tristes le azotaban las mejillas. Adegá le llamó en voz baja desde la cancela del aprisco:

— ¡Oiga, hermano!... ¡Oiga!...

Como el peregrino no la atendía, se acercó tímidamente:

— ¿Quiere dormir en el establo, señor?

El peregrino la miró con dureza. Adegá, cada vez más temerosa y humilde, ensortijaba á sus dedos bermejos una hoja de juncia olorosa:

— No vaya de noche por el monte, señor. Mire, el establo de las vacas lo tenemos

lleno de heno y podría descansar á gusto.

Sus ojos de violeta alzábanse en amoroso ruego, y sus labios trémulos permanecían entreabiertos con anhelo infinito. El mendicante, sin responder una sola palabra, sonrió: Después, volviése avizorado hacia la venta, que permanecía cerrada, y fué á guarecerse en el establo, andando con paso de lobo. Adegá le siguió. El mastín, como en una historia de santos, vino silencioso á lamer las manos del peregrino y la pastora. Apenas se veía dentro del establo: El aire era tibio y aldeano, sentíase el aliento de las vacas. El recental, que andaba suelto, se revolvía jugueteón entre las patas de la yunta, hociaba en las ubres y erguía el picaresco testuz dando balidos. La Marela y la Bermella, graves como dos viejas abadesas, rumiaban el

trébol fresco y oloroso, cabeceando sobre los pesebres. En el fondo del establo había una montaña de heno y Adegá condujo al mendicante de la mano. Los dos caminaban á tientas. El peregrino dejóse caer sobre la yerba, y sin soltar la mano de Adegá pronunció á media voz:

— ¡Ahora solamente falta que vengan los amos!...

— Nunca vienen.

— ¿Eres tú quien acomoda el ganado?

— Sí, señor.

— ¿Duermes en el establo?

— Sí, señor.

El mendicante rodeóle los brazos á la cintura y Adegá cayó sobre el heno. No hizo el más leve intento por huir: Temblaba agradecida al verse cerca de aquel santo que la es-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

trechaba con amor. Suspirando cruzó las manos sobre el cándido seno como para cobijarlo y rezar. El mastín vino á posar la cabeza en su regazo. Atega, con apagada y religiosa voz preguntó al peregrino:

— ¿Ya traerá mucho andado por el mundo?

— Desde la misma Jerusalén.

— ¿Eso deberá ser muy desviado, muy desviado de aquí?...

— ¡Más de cien leguas!

— ¡Glorioso San Berfísimo!... ¿Y todo por monte?

— Todo por monte y malos caminos.

— ¡Ay, Santo!... Bien ganado tiene el Cielo.

Los rosarios del peregrino habíanse enredado en el cabello de la zagala que para mejor desprenderlos se puso de rodillas: Las manos le temblaban, y toda confusa hubo de

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

arrancárselos: Llena de santo respeto besó las cruces y las medallas que desbordaban entre sus dedos:

— Diga, están tocados estos rosarios en el sepulcro de Nuestro Señor?

— En el sepulcro de Nuestro Señor... ¡Y además en el sepulcro de los Doce Apóstoles!

Atega volvió á besarlos. Entonces el peregrino, con ademán pontifical, le colgó un rosario al cuello:

— Guárdalo aquí, rapaza.

Y apartábale suavemente los brazos que la pastora tenía aferrados en cruz sobre el pecho. La niña murmuraba con anhelo:

— ¡Déjeme, señor!... ¡Déjemel!...

El mendicante sonreía y procuraba desabrocharla el justillo. Sobre sus manos vellu-

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

das revoloteaban los manos de la pastora como dos palomas asustadas:

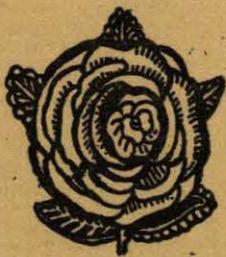
— Déjeme, señor, yo lo guardaré.

El peregrino la amenazó:

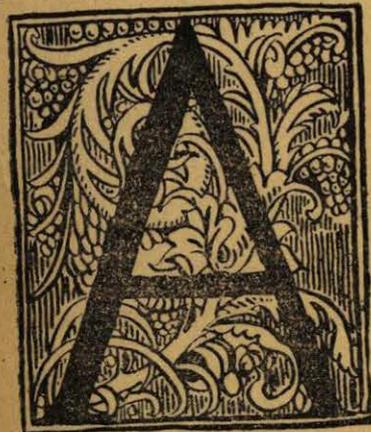
— Voy á quitártelo.

— ¡Ah, señor, no haga eso!... Guárdemele aquí, donde quiera...

Y se desabrochaba el corpiño, y descubría la garganta como una virgen mártir que se dispusiese á morir decapitada.



CAP. V. FLOR DE SANTIDAD ❁ ❁



DEGA cuando iba al monte con las ovejas tendíase á la sombra de grandes peñascales, y pasaba así horas enteras, la mirada sumida en las nubes y en infantiles éxtasis el ánima: Esperaba llena de fe ingenua que la azul inmensidad se rasgase dejándole entrever la Gloria: Sin conciencia del tiempo, perdida en la niebla de este ensueño, sentía pasar sobre su rostro el aliento encendido del milagro. ¡Y el milagro acaeció!... Un anochecer de verano Adegá llegó á la

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

venta jadeante, transfigurada la faz: Misteriosa llama temblaba en la azulada flor de sus pupilas, su boca de niña melancólica se entreabría sonriente, y sobre su rostro derramábase, como óleo santo, mística alegría. No acertaba con las palabras, el corazón batía en el pecho cual azorada paloma. ¡Las nubes habíanse desgarrado, y el Cielo apareciera ante sus ojos, sus indignos ojos que la tierra había de comer! Hablaba postrada en tierra, con trémulo labio y frases ardientes: Por sus mejillas corría el llanto. ¡Ella, tan humilde, había gozado favor tan extremado! Abrásada por la ola de la gracia, besaba el polvo con besos apasionados y crepitantes, como esposa enamorada que besa al esposo.

La visión de la pastora puso pasmo en todos los corazones, y fué caso de edificación

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

en el lugar. Solamente el hijo de la ventera, que había andado por luengas tierras, osó negar el milagro. Las mujerucas de la aldea augurábanle un castigo ejemplar. Adega, cada vez más silenciosa, parecía vivir en perpetuo ensueño. Eran muchos los que la tenían en olor de saludadora. Al verla desde lejos, cuando iba por yerba al prado ó con grano al molino, las gentes que trabajaban los campos dejaban la labor y pausadamente venían á esperarla en el lindar de la vereda. Las preguntas que le dirigían eran de un candor milenario. Con los rostros resplandecientes de fe, en medio de murmullos piadosos, los aldeanos pedían nuevas de sus difuntos: Parecíales que si gozaban de la bienaventuranza, se habrían mostrado á la pastora, que al cabo era de la misma feligre-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

sía: Adegá bajaba los ojos vergonzosa: Ella tan sólo había visto á Dios Nuestro Señor, con aquella su barba nevada y solemne, los ojos de dulcísimo mirar y la frente circundada de luz. Oyendo á la pastora las mujeres se hacían cruces y los abuelos de blancas guedejas la bendecían con amor

Andando el tiempo la niña volvió á tener nuevas visiones. Tras aquellas nubes de fuego que las primeras veces deslumbraron sus ojos, acabó por distinguir tan claramente la Gloria que hasta el rostro de los santos reconocía. Eran innumerables: Patriarcas de luenga barba, vírgenes de estática sonrisa, doctores de calva sien, mártires de resplandeciente faz, monjes, prelados y confesores. Vivían en capillas de plata cincelada, bordadas de pedrería como la corona de un rey.

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

Las procesiones se sucedían unas á otras, envueltas en la bruma luminosa de la otra vida: Precedidas del tamboril y de la gaita, entre pendones carmesí y cruces resplandecientes, desfilaban por fragantes senderos alfombrados con los pétalos de las rosas litúrgicas que ante el trono del Altísimo deshojaban día y noche los serafines. Mil y mil campanas prorrumpían en repique alegre, bautismal, campesino: Un repique de amanecer, cuando el gallo canta y balan en el establo las ovejas. Y desde lo alto de sus andas de marfil Santa Baya de Cristamilde, San Berísimo de Céltigos, San Cidrán, Santa Minia, San Clodio, San Electus tornaban hacia la pastora el rostro pulido, sonrosado, riente. ¡También ellos, los viejos tutelares de las iglesias y santuarios de la montaña, reconocían á su sierva! Oíase

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

el murmullo solemne, misterioso y grave de las letanías, de los salmos, de las jaculatorias: Era una agonía de rezos ardientes, y sobre ella revolotea el áureo campaneó de las llaves de San Pedro. Zagales que tenfan por bordones floridas varas, guardaban en campos de lirios ovejas de nevado, virginal vellón, que acudían á beber el agua de fuentes milagrosas cuyo murmullo semeja rezos informes. Los zagales tocaban dulcísísimamente pífanos y flautas de plata, las zagalas bailaban al son, agitando los panderos de sonajas de oro. ¡En aquellas regiones azules no había lobos, los que allí pacían eran los rebaños del Niño Dios!... Y tras montañas de fantástica cumbre, que marcan el límite de la otra vida, el sol, la luna y las estrellas se ponen en un oca-so que dura eternidades. Blancos y luengos

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

rosarios de ánimas en pena giran en torno, por los siglos de los siglos. Cuando el Señor se digna mirarlas, purificadas, felices, triunfantes, ascienden á la gloria por misteriosos rayos de luminoso, viviente polvo.

Después de estas muestras que Dios Nuestro Señor le daba de su gracia, la pastora sentía el alma fortalecida y resignada: Se aplicaba al trabajo con ahinco, abrazábase enternecida al cuello de las vacas, y hacía cuanto los amos la ordenaban, si levantar los ojos, temblando de miedo bajo sus harapos.

